

vez que la piqueta los acomete, saltan arábigas monedas...

\*\*\*

A las horas en que las procesiones han de recorrer las calles de Loja, bajamos al pueblo, y desde los balcones de otro palacio antiguo—propiedad también de la casa ducal, que tiene un grandioso patio de arcadas y columnas, y cuyas estancias se encuentran, igual que si sus dueños las habitasen, llenas de suntuosos muebles antiguos, de retratos y cuadros de los maestros de la escuela española, de cornucopias y consolas doradas, de fastuosa talla honda,—vemos desfilar tan extrañas, singulares procesiones, que hacen de esta Semana Santa una de las que me dejan, entre las de España, más imborrable recuerdo; pues aun cuando se asemeja a la de Sevilla, tiene notas peculiares, que parecen de muy remoto origen.

\*\*\*

Las procesiones son tres: una en la tarde del Jueves Santo, las restantes en la mañana y tarde del Viernes.

Lo primero que en ellas me llama la atención, es observar que—excepto en la del Entierro—apenas va clerecía: parecen procesiones laicas. Y procesiones laicas son, en el sentido de que es principalmente la devoción popular la que las fomenta y abriga, hasta el extremo de que, para llevar las pesadimas andas de las Virgenes y de los Nazarenos, en vez de tener que pagar portadores, los mozos ofrecen dinero, y se pujan el honor y el gusto de sentir, durante las cinco ó seis horas que la demostración religiosa suele durar, magullado el hombro por los recios palos, y agobiado el cuerpo por la formidable pesadumbre de las efigies. Es la devoción popular la que costea y renueva los pintorescos, curiosos trajes, en que se me figura encontrar reminiscencias de épocas en las cuales ni aun el Evangelio habría sido anunciado en España. ¿Quién es capaz de adivinar de dónde procede una forma, un adorno, un detalle de indumentaria? En esto, como en todo, la fantasía va á lo más distante, equivocándose, tal vez.

\*\*\*

Yo no sé si estos ropajes han sido reproducidos por la fotografía ó por el fotograbado, en las publicaciones ilustradas que tanto abundan y que ya no van dejando sin explorar rincón de España. Son los ropajes á que me refiero los de las comparsas llamadas de los *incensarios*, divididas en *incensarios blancos* é *incensarios negros*. Los primeros salen en las dos primeras procesiones, los últimos en la última.

Cuando se me presentaron los *incensarios blancos*, en el oratorio de Aliatar, á las dos de la tarde del Jueves Santo, creí que acababan de salir de la batea de una planchadora: tales venían de flamantes, limpios y cándidos, como bandada de palomas, aquellos incensarios vivientes. Era su vestimenta cual el ampo de las nieves de la sierra, desde la punta del bien calzado pie, hasta el remate plateado de la rara mitra de corte asirio, que les cubre la cabeza, y que no se quitan ni en el templo. Sólo ligeros toques de seda violeta, el color ritual, subrayaban el candor del muy elegante de líneas, sucinto y airoso atavío. Las medias eran caladas. La mitra terminaba, sobre la nuca, en una especie de haldilla semejante al tocado de las esfinges.

Con la mayor reverencia y compostura, haciendo ceremoniosos pasos y mudanzas, en misterioso silencio, los turiferarios balancean la cazoleta de arcaica forma, y ejecutan ante las imágenes una especie de rigolón hierático; después, uno de ellos lanza, en el mismo oratorio, los primeros versos de triste y devota saeta, y el de enfrente le responde con la propia vibrante, alta y dura entonación.

\*\*\*

La mañana del Viernes, los cabos del traje de los «incensarios» son negros, y negro canutillo borda sus blancas mitras altísimas; y por la noche, en la dramática procesión del Sepulcro, los «incensarios» se han vestido de noche también; completamente negros son sus trajes; sus mitras, centelleantes de azabache á la luz de los hachones. Y en vez de ir pausados, solemnes, como los grandes encaperuzados inquisitoriales que arrastran tres metros de fúnebre cola, los «incensarios» van raudos y ligeros, á manera de aves, á apostarse en las bocacalles al paso de las efigies, á incensarlas con ceremonias especiales para cada una.

No sé si los «incensarios» salen en otras procesio-

nes de ciudades de esta misma región. Si sólo en Loja puede vérselos, declaro que ellos merecen el viaje.

\*\*\*

No son la única singularidad de la Semana Santa en Loja los elegantísimos y arcaicos turiferarios. También los doce *Apóstoles* sorprenden.

Los *Apóstoles* figuran en dos procesiones: la de la tarde del Jueves y la mañana del Viernes. Van á pie, en hilera; visten túnicas moradas; llevan cada cual en la mano ó al hombro el instrumento de su martirio—hacha, aspa, cruz, espada, sierra,—y sobre el rostro, una careta de cobre repujado, pintada, que revela la mano de un artista y que reproduce la fisonomía tradicional de los primeros discípulos de Cristo. Un nimbo, donde se lee el nombre de cada apóstol, rodea su cabeza; y por sus espaldas cuelga una cabellera larguísima, sedosa, rubia ó castaña, de mujer, contrastando con los mechones canos que asoman alrededor de la máscara de cobre. El efecto es sobre manera extraño y típico.

\*\*\*

Las efigies que figuran en estas procesiones—distintas en cada una de ellas—son obras de arte y portentosas de riqueza en sus vestiduras. En oposición con los que se precian de gusto depurado y severo, yo siento predilección vivísima por las imágenes llamadas *de vestir* (bien vestidas, se entiende). Nada me parece tan sentimental como uno de estos trágicos y hermosísimos Nazarenos agobiados bajo la cruz, como una de estas Virgenes pálidas, elegantes, nobles, con los ojos hinchados de llorar, el dolor supremo escrito en el rostro, las manos cruzadas bajo el pañuelo de encaje sutil, y prolongada en el aire su figura romántica por la cola del ropaje de terciopelo todo bordado á realce de oro. No sabré expresar con qué encanto he visto los mantos magníficos, regalo del primer duque de Valencia ó del actual; los rostrillos y petos cuajados de pedrería, los cetros y coronas, procedentes de los Reyes Católicos; los retablos, los cuadros; la cantidad increíble de arte y riqueza acumulada en este pedazo de Andalucía, del cual nadie habla, donde no se publica un periódico, donde la calma flota en el aire y donde todo se vuelve ruisenores cantando, manantiales corriendo y árboles que la primavera reviste de blanca floración...

\*\*\*

El Sepulcro, que se ostenta en la procesión del Entierro, no quiero olvidarlo: es una joya primorosa. De ébano, concha é incrustaciones de metal todo él, le rodean angelitos idealmente graciosos, que revuelan por sus cornisas, se posan al pie de su base, y le prestan ese delicioso sabor Luis XV que suelo notar en muchas de estas efigies, en la talla de los altares, en camarines y pulpitos, en telas, marcos, muebles y hasta en las flores artificiales, que son *rococo*...

Y no salen en las procesiones todas las efigies notables de Loja. De las más bellas, como el Niño, las dos Virgenes, la Santa Catalina de las monjas Claras—de esas pobres monjitas que viven con dos reales diarios cada una y tienen en su iglesia un Museo,—se quedan quietas en su hornacina, y para verlas hay que ir al convento expresamente. Pero entre las que son paseadas por las calles, con solemnidad de que no se tiene idea en Madrid, cuyas procesiones no dudo en calificar de ridículas, hay dos ó tres Nazarenos, dos ó tres Dolorosas, un San Juan, de toda hermosura. Y el cuadro de las procesiones, con sus «armados» que llevan mangas completamente hechas de rosas; con sus señoritas que alumbran vistiendo hábito nazareno; con sus tamborileros furiosamente empeñados en romper el parche; con sus encaperuzados negros, de inmensa cola; con su Cena en que se sirven manjares verdaderos, un cabrito, frutas, naranjas; con su mezcla de ingenuidad rústica y lujo oriental, me queda grabada en la memoria, con hue-lla de poesía.

\*\*\*

Una nota personal, á guisa de posdata.

Ruego á los para mí tan amables lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA que no caigan en la red tendida por los que remedan mi firma desfigurándola algo, y la estampan al pie de sus artículos. Ya sé que el estilo no es enteramente igual; pero, no obstante, será bueno recordar que yo nunca suprimo ni contraigo á iniciales ninguno de los componentes de mi firma, y que no es mío escrito alguno que no lleve al pie, con todas sus letras,

EMILIA PARDO BAZÁN.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Casi todos los años paso la Semana Santa fuera de Madrid, en diferentes puntos de España, y la de 1905 me toca pasarla en una ciudad de la provincia de Granada, Loja—patria del famosísimo estadista D. Ramón Narváez, primer duque de Valencia; aquel que mientras vivió sostuvo el trono; aquel cuya muerte fué anuncio de la caída de Isabel II. La estatua de bronce del duque señorea los jardines del pueblo, y sus restos mortales yacen aquí, en el mausoleo de la Iglesia del Asilo de niños y ancianos que Narváez fundó y que el actual duque de Valencia cuida, costea en gran parte y atiende con solicitud.

\*\*\*

No resido en Loja: estoy hospedada en un palacio con patio de fuente, surtidor, macetas, que rodea un parque frondosísimo, regado por los copiosos manantiales que aquí saltan dondequiera, pues no he visto tierra de más agua; en Loja existe una fuente de veinticinco caños, la de *la Mora*, que es un portento de raudal, y en la cual la Sierra Nevada vuelca parte de su fresca urna en cristalinos chorros.—Digo, pues, que este palacio donde me hospedo es propiedad de los duques de Valencia y lleva el romanesco y granadino nombre de Aliatar,—y el solar y residencia del célebre moro, que

«va de Antequera á Granada;  
colgado del almaizar  
llevaba la cimitarra,  
la izquierda mano en la rienda  
y la derecha en la lanza,  
dos tocas sobre el bonete,  
y polvo sobre la cara.»

está á diez pasos del palacio; y de sus muros, cada